

MUJERES DE EXPERIENCIA DE DIOS

Dolores Aleixandre RSCJ
Carmelitas Misioneras Teresianas
Roma Octubre 2004

“Para refundar es necesario que nosotras vivamos experiencias fundantes, comprometidas desde nuestras cuevas al servicio del Reino. Estas son experiencias que nos mantienen en actitud permanente de refundadoras, de recreadoras del carisma “(En camino de refundación 11)

Dice Abraham Heschel, *“la esencia del pensamiento religioso hebreo, no consiste en poseer un concepto de Dios, sino en su capacidad de recordar los momentos de iluminación suscitados por su presencia. Israel no es un pueblo de teólogos, sino de testigos.”*

Frente a lo experiencial del lenguaje místico, están las imágenes de un Dios preferentemente dedicado a dar órdenes y a ejercer un poder imperial, un Dios juez implacable, policía con block de multas en ristre, soberano que todo lo controla, ojo-en-triángulo que todo lo escruta.

Tendríamos que preguntarnos estupefactos el por qué del triunfo de unas imágenes de Dios de las que ha nacido una religión autoritaria, fijada estáticamente en la obediencia y la sumisión, en la dependencia unilateral y asimétrica, en la coacción interiorizada y qué es lo que no seduce de ese Dios *“cuya cualidad más importante es el poder, cuyo interés es la sumisión, cuyo miedo es la igualdad de derechos?”* O qué es lo que puede hacernos desear que *“el poder sea la categoría central de nuestra vida”*¹

No fue ese el Dios que experimentaron las mujeres bíblicas sino al:

1. Dios de la bendición, la fecundidad, la danza y el perfume

Eva (Gen 4,1)

Matriarcas (Sara: Gen 21, 1-7; Rebeca: Gen 25, 21-28; Lía y Raquel: Gen 30)

Isabel (Lc 1,1-25)

Mujeres que ungen a Jesús (Mc 14,3-9; Jn 12,1-8)

Imagen bíblica del “seno materno”

El amor de los padres es la experiencia relacional universalmente reconocida como la más honda, verdadera y gratuita. Es un amor que no reclama nada a cambio y sus manifestaciones van más allá de todo cálculo. Por eso no es de extrañar que los autores bíblicos acudan a ella, aunque lo hacen con sobriedad retenida para evitar que YHWH sea confundido con los dioses de las religiones naturalistas de otros pueblos.

“Aunque mi padre y mi madre me abandonen,
el Señor me acogerá” (Sal 27,10)

“Decía Sión: “Me ha abandonado el Señor
mi dueño me ha olvidado”

¹ D. SÖLLE, *Reflexiones sobre Dios*, Barcelona 1996,p.29

¿Puede una madre olvidarse de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella se olvide,
yo no te olvidaré” (Is 49,14-15)

“Yo enseñé a andar a Efraim
y lo llevé en mis brazos...
Con cuerdas de ternura,
con lazos de amor los atraía;
fui para ellos como quien alza
un niño hasta sus mejillas
y se inclina hasta él
para darle de comer...” (Os 11,3-4)

“Señor, tú eres nuestro padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero,
somos la obra de tus manos.” (Is 64,7)

“Abraham no sabe de nosotros,
Israel no nos conoce;
tú Señor, eres nuestro padre,
tu nombre de siempre es “nuestro redentor”
(Is 63,16)

“Como un niño a quien su madre consuela,
así os consolaré yo”(Is 66,13)

Sus representaciones imaginativas no se limitan a hablar de la paternidad de Dios, sino que, a la hora de expresar su experiencia de cómo es ese Dios por el que se sienten acogidos e inexplicablemente queridos, recurren a un adjetivo verbal, *raham*, de la misma raíz que se emplea para decir útero, seno materno, y cuya mejor traducción sería “entrañable”. A través de él nos comunican imágenes de abrigo y protección cálida, de nutrición, seguridad y vida salvo dentro de un espacio acogedor materno que posibilita la existencia y el crecimiento.²

La matriz es el espacio en el que la vida se desarrolla, y la imagen evoca la existencia de relaciones de solicitud, afinidad y cercanía entre YHWH y su pueblo.

En uno de sus diálogos con El, lleno de desinhibición y atrevimiento, Moisés le advierte que no se le ocurra cargarle a él con unas obligaciones que no son las suyas, y le recuerda que la verdadera madre del pueblo es El mismo (usa los verbos *concebir*, *engendrar* y *llevar en el regazo*)

“¿Por qué tratas mal a tu siervo y no le concedes tu favor, sino que le haces cargar con todo este pueblo? ¿He concebido yo a todo este pueblo o le he dado a luz para que me digas: Coge en tus brazos a este pueblo, como una nodriza a la criatura, y

² *“La dimensión simbólica del ‘fundamento del ser’ apunta a la cualidad materna de dar la vida, educar, abrazar y al mismo tiempo hacer volver, soportar la independencia de lo que ha sido creado y asimilarla” (PAUL TILLICH, Systematic Theology, Chicago 1963, pp.293-294. Citado por SALLY MC FAGUE, Modelos de Dios, Teología para una época ecológica y nuclear, Santander 1994, p.172)*

llévalo a la tierra que prometí a sus padres? ¿De dónde sacaré carne para repartir a todo el pueblo?...Vienen a mí llorando: Danos a comer carne. Yo sólo no puedo cargar con todo este pueblo pues supera mis fuerzas...”(Num 11,11-15)

“¡Si es mi hijo querido Efraín,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que le reprendo
Me acuerdo de ello,
Se me conmueven las entrañas
Y cedo a la compasión”(Jer 31,20)

Pero más allá de las cualidades convencionalmente asociadas con la maternidad, como la ternura, el cuidado y la nutrición, aparecen otras menos relacionadas con la dulzura y más con la defensa activa. Quienes generan vida, se arriesgarán por ella y lucharán contra todo lo que impida su realización. A esa experiencia recurre Oseas cuando, atrevidamente habla de Dios como de *‘una osa a quien le roban las crías...’*(Os 13,8)

La faceta divina que se quiere expresar a partir de la metáfora del amor materno, abarca la implicación de Dios con su creación a la que ha “gestado” y su compromiso con su mantenimiento, crecimiento y sustento³. La fe en Dios como creador, no es completa si se queda solamente en la conciencia de la distancia, la diferencia y la dependencia radical del mundo con respecto a El. Hablar de Dios como madre, supone ir más allá de las relaciones de poder y de la insistencia en nuestra inferioridad e insuficiencia: aceptar ese “modelo” supone la convicción de que El/Ella , que nos ha traído a la existencia, desea nuestro crecimiento y nuestra plenitud, y está implicado activamente en ello.

Otra característica del amor materno es su gratuidad, su incomprensible capacidad de no necesitar cualidades ni méritos para amar, y de cuidar de los hijos menores, o enfermos o limitados con más solicitud que de los fuertes. Una madre prefiere a su hijo más pequeño hasta que crezca, al que está enfermo hasta que se cure, al el que está de viaje hasta que vuelva a casa.

El término griego *agape* intenta dar cuenta de este tipo de amor en el que está ausente cualquier tipo de interés o de medida.

2. Dios de la cercanía, la acogida y la misericordia

Rebeca (Gen 25, 21-28)

Ana (1 Sm, 1-2)

Hemorroisa (Mc 5,21-34)

Pecadora perdonada (Lc 7, 36-50)

Adúltera (Jn 8)

Discípulas de Jesús (Lc 8,1-3; 10, 38-42; Mc 15,40-41)

³ SALLY MC FAGUE, o.c.163-197

Imagen bíblica de la “tienda de refugio”

En medio de una cultura nómada, la hospitalidad ocupa un lugar central. El desierto y sus asechanzas de hambre, sed o muerte, acechan a todo el que se expone a abandonar la rueda de tiendas del campamento. Encontrar, en medio de la huida o del peligro, otro clan dispuesto a recibir a un fugitivo, hace de esa hospitalidad la única posibilidad de conservar la vida.

La tienda que protege de las inclemencias del tiempo es para numerosos pueblos una imagen del cielo que se extiende sobre la tierra. Esa “tienda cósmica” resuena en muchos textos:

“Dios tendió como toldo el cielo
lo desplegó como tienda que se habita” (Is 40,22; cf. Jb 9,8; Sal 104,2)

El Dios que reina en la tienda del cielo quiere también plantar en la tierra su morada. (Ex 26,1-4). Por eso Israel tuvo en el desierto un santuario portátil, que evocaba su presencia en medio de su pueblo y de la que El tomó posesión llenándola con su gloria:

“Me harán un santuario y habitaré entre ellos. (...) Moisés tomó la tienda y la plantó fuera del campamento, a cierta distancia de él, y la llamó la tienda del encuentro. Todo el que quería dirigirse al Señor, tenía que salir fuera del campamento y dirigirse a la tienda del encuentro.. Cuando salía Moisés, todo el mundo se ponía de pie y, situándose cada uno a la puerta de su propia tienda, seguían a Moisés con la mirada hasta que entraba en la tienda. En cuanto Moisés entraba en la tienda, la columna de nube descendía y permanecía a la entrada de la tienda mientras el Señor hablaba con Moisés. El pueblo contemplaba la columna de nube que permanecía a la entrada de la tienda; entonces todo el mundo se postraba, cada uno a la entrada de su tienda. El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como un hombre habla con su amigo. Luego Moisés volvía al campamento; pero Josué su ayudante, hijo de Num, no se movía de la tienda (Ex 25,8, 33,7-11)

Con el tiempo, la inmunidad de que gozaba el área sagrada, se fue transformando en un símbolo de la protección divina ofrecida al justo perseguido. Está detrás la antiquísima tradición de las “ciudades de refugio”, creadas para que pudiera encontrar asilo y salvar la vida en ellas al homicida que hubiera matado sin querer a su prójimo (Dt 4,42). Como en una “ciudad refugio”, Dios hospeda a sus fieles sustrayéndolos al circuito del mal, rescatándolos del torbellino de la prueba e introduciéndolos en el oasis de paz del templo (Sal 23,5.6)

Cuando el orante se encuentra rodeado de tinieblas, de jaurías de perros, o de un ejército de adversarios, se vuelve su Dios expresando su confianza. Al sentirse cercado, asediado y atenazado por el miedo, busca ocultarse en un recinto escondido y protegido:

“¡Que sea yo huésped de tu tienda,
y me acoja al amparo de tus alas! (Sal 61,5)

“¡Escucha, oh Dios, mi clamor, atiende a mi súplica!
Desde el confín de la tierra te invoco
con el corazón desfallecido.
Condúceme a una roca inaccesible,
pues tú eres mi refugio, mi bastión frente al enemigo.
Que yo habite en tu tienda para siempre,
refugiado al amparo de tus alas.”(Sal 61,1-5)

A partir de la experiencia fundante del Exodo, YHWH revela su parcialidad a favor de toda esa gente perseguida, sometida y explotada, de los hambrientos y humildes. Ellos son los primeros huéspedes de su tienda, los verdaderos destinatarios de su techo protector.⁴

‘El me cobijará en su santuario en los días adversos,
me ocultará en lo escondido de su tienda,
me alzaré sobre una roca’ (Sal 27,5)

3. Dios de la noche, la distancia y el misterio

Noemí (Rt 1,19)

Marta (Jn 11,21)

Imagen bíblica de la “nube densa”

La conexión de las nubes con lo divino hunde sus raíces en el animismo primitivo, y desde siempre se han relacionado con la vida humana, necesitada de la lluvia para mantenerse. En las regiones cálidas, las nubes portadoras de sombra y también de lluvia, aparecen como mensajeros celestes de bendición o maldición.

El Señor que ‘hace de las nubes su carroza’ (Sal 104,3) y ‘montado sobre una nube ligera, entra en Egipto’ (Is 19,1), desafía a Job desde la tormenta:

¿Quién encerró con doble puerta el mar
cuando salía a borbotones del seno de la tierra,
cuando le puse las nubes por vestido
y los nubarrones por pañales? (...)
¿Puedes levantar tu voz hasta las nubes
para que caiga un aguacero contra ti?
¿Quién es tan sabio para contarlas
y vaciar los odres de los cielos? (Jb 38,8-9. 34-35)

Cuando el arco iris aparece entre las nubes, YHWH se acuerda de su alianza con Noé (Gen 9,14). Sólo El puede darles órdenes: ‘Prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella’, dice en su nombre Isaías, refiriéndose a la viña que pagaba con su ingratitud los cuidados de su dueño (Is 5,6).

En el momento del paso del mar, una nube se interpuso entre Israel y el enemigo para proteger al pueblo y aterrorizar al perseguidor (Ex 14,19) y el libro de la Sabiduría lo recuerda así:

‘Toda la creación, obediente a tus mandatos,
tomaba nuevas formas en su misma naturaleza
para guardar de todo mal a tus hijos:
se vio a la nube dar sombra en el campamento
y de lo que antes era agua, emerger la tierra seca.
El Mar Rojo se convirtió en un camino transitable
y el oleaje impetuoso en una llanura verdeante
por donde pasó tu pueblo entero, protegido por tu mano,

⁴ En palabras de DOROTEA SÖLLE: *“A Dios se le puede llamar ‘padre’ en virtud de concepciones que mencionan acciones como liberar esclavos, dar de comer a los hambrientos, sanar a los enfermos, rechazar a los enemigos, hacer que los desposeídos de sus derechos consigan lo que es justo”* (o.c. p.28)

contemplando prodigios admirables” (Sab 19, 6-8)

En el Sinaí, la nube oscura posada sobre la cima hacía visible, escondiéndola al mismo tiempo, la presencia de YHWH. Durante la travesía del desierto, el Señor caminaba delante de su pueblo en una columna de nube (Ex 13,21) y se convierte en un signo que, a la vez, vela y revela su presencia:

“Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó la morada. Moisés no podía entrar en la tienda del encuentro, porque la nube estaba encima de ella y la gloria del Señor llenaba la morada. Durante el tiempo que duró su caminar, los israelitas se ponían en marcha cuando la nube se levantaba de la morada. Si la nube no se levantaba, no partían hasta el día en que se levantaba, porque la nube del Señor se posaba de día sobre la morada y de noche brillaba como fuego a la vista de todo Israel, durante las etapas de su camino” (Ex 40,34-38)

La gloria del Señor en forma de nube llenó el templo construido por Salomón (cf. 1Re 8,10ss), y las palabras del rey son reveladoras de la eterna tentación de hacer de Dios algo “disponible”:

“Tú, Señor, dijiste que habitarías en una nube oscura. Pero yo te he construido una casa, para que vivas en ella, un lugar donde habites para siempre” (1Re 8,12-13)

La libertad de Dios se encuentra siempre en tensión con su accesibilidad⁵ y Salomón pretende disolverla haciendo de Dios algo manejable desde el culto, sepultando en el olvido la absoluta gratuidad del que se dio a conocer así a Moisés:

“Yo hago gracia a quien hago gracia
y tengo misericordia de quien tengo misericordia” (Ex 33,19)

Por eso la oscuridad de la nube la vuelve idónea para expresar la imposibilidad de dominar el ámbito divino: dentro de ella, o rodeados de una densa niebla, no es posible *ver* pero sí *escuchar*, y eso sitúa a Israel en el ámbito correcto de su relación con Dios. Existe en la tradición bíblica un fuerte recelo hacia la posesividad y tentación de dominio que acompañan el ejercicio de la vista: *“el que avanza al ritmo exclusivo de las evidencias, rehusando la incertidumbre y el riesgo, evita medirse con lo que le sobrepasa, pero queda impedido para el encuentro con lo inesperado de los dones divinos que trascienden siempre la expectación humana, y no se ajustan a sus pretensiones, sean ambiciosas o modestas”*⁶

La nube no es obstáculo para hacer la experiencia de la proximidad de lo invisible, sólo impide al creyente ejercer su deseo de dominio y control sobre Dios, proponiéndole a cambio otro modo de acceso a El, desde la receptividad que implica sentirse privado de saber.

En la alianza del Señor con Abraham, “cuando se puso el sol, cayeron densas tinieblas” (Gen 15,17) y Moisés, que tampoco había podido ver a Dios en medio de la zarza, escuchará de El en el Sinaí:

“Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y quedar con vida.
Mira, aquí tienes un sitio junto a mí, sobre la roca, Cuando pase mi gloria, te

⁵ W.BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Santander 1978, p.40

⁶ C.CHALIER, *Sagesse des sens. Le regard et l'écoute dans la tradition hébraïque*, Paris 1995, p.55

meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado, y cuando retire mi mano, me verás de espaldas, porque de frente no se me puede ver” (Ex 33,20-23)

Dios permite a Moisés situarse en un lugar ‘junto a El’, no frente a El (Ex 33,21). Un sabio judío decía que la gloria humana no consiste en levantar los ojos esperando contemplar a Dios, sino en ser elevado por él para contemplar el mundo desde su punto de vista.⁷

En boca de Isaías, la nube se convierte en un signo de los tiempos escatológicos:

“Vendrá sobre el monte Sión y su asamblea
una nube de humo por el día
y un resplandor de fuego llameante de noche.
La gloria del Señor lo cubrirá todo,
como tienda que da sombra contra el calor del día,
abrigo y refugio contra la lluvia y la borrasca (Is 4, 5-69)

Pero ese “tiempo final” lo adelanta el orante que, envuelto en el escándalo del sufrimiento de los inocentes, decide dar un paso más allá de lo empíricamente constatable y entra en un ámbito de “hube”, en un ámbito que su razón no puede dominar:

“Me puse a pensar para entenderlo
pero me resultaba muy difícil,
hasta que entré en el misterio de Dios
y comprendí el destino que los aguarda.
(...) Cuando la amargura me invadía el corazón,
cuando me torturaba en mi interior,
era un estúpido y no lo comprendía,
era como un animal ante ti.
Pero yo estaré contigo siempre;
tú me tomas de la mano,
me conduces según tus planes,
me llevas a un destino glorioso.” (Sal 73,16-17.21-24)

La fe le ha permitido “dejar a Dios ser Dios” y aceptar el misterio que se anunciaba así a Jeremías:

“¿Soy yo Dios sólo de cerca y no Dios de lejos?” (Jer 23,23)

4. Dios-con-nosotros

María de Nazaret (Lc 2,19)

El Evangelio la presenta en constante conexión con sus sentimientos y su interioridad: "*se alegra mi espíritu*"..., (Lc 1,47) "*conservaba todo y le daba vueltas en*

⁷ R.HIRSCH, *The Pentateuch. The Hirsch Commentary*, New York 1986 , p. 346. Citado por C.CHALIER, o.c. p.79

su corazón...". (Lc 2, 14-20; 46-52). Preciosos, dentro de la sobriedad evangélica, estos indicadores de su capacidad de escuchar, reflexionar, elaborar sus propias emociones y vivir relacionando lo que escuchaba en su corazón con los datos que le iba dando la realidad. "Nuestra Señora de la Santa Conexión", "Experta en Sabiduría", mujer contemplativa que supo acoger los aspectos oscuros y no inmediatamente inteligibles de su Hijo.

Lucas insiste varias veces en que ella "se turbó" (Lc 1,29), "se quedó desconcertada" (2, 48) y "no comprendió" (2,50), y precisamente por eso su actitud es la de meditar en su corazón el sentido de los acontecimientos (2,51), y vivir siempre acompañada por el rumor de un movimiento de dentro a fuera y de fuera a dentro, de ir confrontando interioridad y acontecimiento, de ir tejiendo, calladamente, la Palabra con la vida. En eso debió consistir el trabajo de la fe que María, la creyente, fue realizando en el "laboratorio" de su corazón para unificar lo que conocía por la Palabra y la realidad que iba aconteciendo ante sus ojos.

"María, Madre de Dios, tipo perfecto y acabado de la Iglesia Universal, viene después de mí a tu corazón ya dispuesto para tratar no asuntos de amor, sino de los intereses que miran al bien universal de la misma Iglesia" (MR 832)

5. Dios de la inclusión y del "poner en pie"

Débora (Jue 4-5)

Judit

Ester

Hijas de Zelofehad (Num 27, 1-10)

Cananea (Mc 8,24-30)

Mujer encorvada (Lc13, 10-17)

Imagen bíblica de la "mesa de banquete"

Para la antropología bíblica la comida es un elemento central: desde los relatos del Génesis el gesto de comer trasciende la necesidad fisiológica y se convierte en una acción cargada de simbolismo. La creación no termina en el acto de crear sino que se prolonga a través del don del alimento:

"Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento" (Gen 1,29)

"El Señor dio al hombre este mandato: Puedes comer de todos los árboles del huerto..." (Gen 2,16)

Según los dos relatos de creación, Dios se compromete a llevar a término lo comenzado, ya que es tarea de un padre o de una madre alimentar a sus hijos para que alcancen la madurez. Lo que el *adam* aprende a través de ello es que no posee la vida en sí mismo: tiene que recibirla de fuera en forma de alimento, reconocerla como un don de Dios y recordar su dependencia radical de El.

Comer equivale también a asimilar y parece que sólo se posee plenamente aquello que se ha comido: Adán y Eva participarán del conocimiento, no cogiendo el fruto del árbol, sino comiéndolo.

Por otra parte, como la hierba no se considera un ser viviente, y procede del Dios que hace germinar la tierra y da la fecundidad, la vida que proporciona no proviene de la muerte de ningún otro ser vivo. Aunque después del relato del diluvio se permita comer animales (Gen 9,3), el sentido está ya dado: el alimento, símbolo de todos los bienes de los que el ser humano puede disponer, no podrá nunca ser poseído ni disfrutado si tiene como precio la muerte de otros. Aparece sugerida la fractura que se producirá después y que denunciarán con virulencia los profetas: el don de Dios, destinado a ser compartido y a provocar relaciones de fraternidad y de agradecimiento, se pervierte cuando se convierte en objeto de codicia, acumulación, opresión y violencia.

YHWH , al alimentar a su pueblo en el desierto, se da a conocer como el que está siempre a favor de su vida (Ex 16) y la experiencia de haber recibido el maná y de seguir siendo alimentados por Dios quedó grabada para siempre en la memoria de Israel por generaciones:

“Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles,
proporcionándoles gratuitamente desde el cielo,
pan a punto, de mil sabores, a gusto de todos;
y este sustento tuyo que demostraba a tus hijos tu dulzura (...)
estaba al servicio de tu generosidad, que da alimento a todos,
a voluntad de los necesitados. “(Sab 16, 20-24)

“Desde tus salones riegas las montañas,
la tierra se sacia de tu acción fecunda.
Haces brotar hierba para el ganado
y forraje para las tareas del hombre;
para que saque pan de los campos
y vino que le alegra el ánimo,
aceite que da brillo a su rostro
y alimento que lo fortalece.(...)
Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo;
se la echas y la atrapan,
abres tu mano y se sacian de bienes. (Sal 104,14-15)

“Me saciaré como en espléndido banquete,
mi boca te alabará con júbilo” (Sal 63,6)

El Deuteronomio insiste en las consecuencias de ese don y pone el énfasis en estos aspectos:

- *la memoria agradecida:*

“Acuérdate del camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años (...) Te ha humillado y te ha hecho sentir hambre; te ha alimentado con el maná, un alimento que no conocías, ni habían conocido tus padres, para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. Cuando el Señor tu Dios te introduzca en esa tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes, de aguas profundas que brotan del fondo de los valles y en los montes, tierra que produce trigo y cebada, viñas, higueras y

granados, tierra de olivos, aceite y miel, tierra que te dará el pan en abundancia para que no carezcas de nada (...), entonces comerás y te saciarás y bendecirás al Señor tu Dios por la tierra buena que te ha dado." (Dt 8,2-10)

- *la obligación de compartir:*

‘Cada tres años apartarás el diezmo de los productos de ese año y lo depositarás a las puertas de tu ciudad. Allí vendrá el levita, que no recibió nada, el emigrante, el huérfano y la viuda de tu ciudad y comerán y se saciarán para que el Señor tu Dios bendiga todo lo que haces.’(Dt 14,28-29)

La experiencia de compartir el mismo alimento, de partir juntos el mismo pan que comunica la vida, hace nacer el convencimiento de que ya no se forma mas que una misma y única familia.

- *la alegría y la fiesta*

‘El día en que paséis el Jordán para entrar en la tierra que el Señor tu Dios va a darte (...) ofrecerás sacrificios de comunión y los comeréis allí haciendo fiesta ante el Señor tu Dios’ (Dt 27,7)

La literatura sapiencial acude también a este motivo:

‘La Sabiduría se ha edificado una casa,
ha tallado sus siete columnas,
ha sacrificado sus víctimas,
ha mezclado el vino
y hasta ha preparado la mesa.
Ha enviado a sus criadas a proclamar:
El que sea inexperto venga acá.
Y al hombre sin seso le dice:
Venid a comer mi pan, bebed el vino que he mezclado.
Dejad la inexperiencia y viviréis,
seguid el camino de la inteligencia’ (Pr 9,1-6)

Y las escatologías proféticas presentan así el tiempo mesiánico:

‘El Señor todopoderoso preparará
en este monte para todos los pueblos
un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos de solera,
manjares exquisitos, vinos refinados.
Y en este monte destruirá
la mortaja que cubre todos los pueblos,
el sudario que tapa a todas las naciones.
Destruirá la muerte para siempre,
secará las lágrimas de todos los rostros,
y borraré de la tierra el oprobio de su pueblo,
lo ha dicho el Señor’ (Is 25,6-8)

Dios aparece así como gratuidad y desmesura, como sueño de inclusión y comensalía fraterna, como aquel que ha dejado en la historia primicias de ese banquete al que convoca a todos sus hijos e hijas. Por eso, la relación con El no se consigue a

través de la ascética del ayuno, sino compartiendo ese proyecto de mesa abierta para todos:

“Todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley y Nehemías dijo: -Id a casa y comed manjares apetitosos, bebed licores dulces y mandad su porción a los que no han preparado nada, pues este día ha sido consagrado a nuestro Señor ¡No os aflijáis, que el Señor se alegra al veros fuertes!” (Ne 8, 9-10)

“Uniones de fraternidad, fundadas sobre la caridad que hicieran visible el misterio de la Iglesia comunión” (En camino... 11)

6. Dios vencedor de la negatividad y la muerte

Mujeres cantoras (Ex 15,20-21)

Mujeres en la mañana de Pascua (Mt 28,1-10; Lc 24,1-11; Jn 20,11-18)

Imagen bíblica del ‘Espacio abierto’

El espacio es un símbolo primordial arquetípico que evoca el ámbito vital de la persona y también la acción de extenderse, crear, desarrollarse del todo. Para alguien confinado en un espacio estrecho, sea material o psicológico, la salida es la puerta de la libertad. El espanto bloquea el aliento pero, cuando vuelve la serenidad, el angustiado puede finalmente respirar.

La raíz hebrea *YS'* (salvar) tiene que ver con ‘*ser espacioso, ser amplio*’, lo contrario de *SRR*, ser estrecho, oprimir. Salvar puede equivaler a ‘*llevar a un lugar espacioso*’: si alguien está angustiado o asediado y encuentra una abertura, una brecha, experimenta ahí la acción salvadora de Dios:

“Respóndeme cuando te invoco, oh Dios, mi salvador,
tú que en el aprieto me diste anchura” (Sal 4,2)

“Las olas de la muerte me envolvían,
me aterraban torrentes destructores,
los lazos del abismo me apresaban
la muerte me tenía entre sus redes
El me liberó, me dio respiro,
me salvó porque me amaba” (Sal 18,5-6. 20)

La noción de anchura está también próximo a estas representaciones espaciales y el ‘estar uno a sus anchas’ se pone en relación con la bendición divina:⁸

“¡Que Dios ponga a Jafet a sus anchas!” (Gen 9,27)

“¡Bendito sea Dios que ensanchó a Gad!” (Dt 33,20)

“Los criados de Isaac, al cavar en el valle, encontraron un manantial. Pero los pastores de Guerar riñeron con los de Isaac diciendo: -‘El agua es nuestra’. Isaac llamó a este pozo Ezeq, es decir, Riña, porque habían reñido por él. Cavaron de nuevo otro pozo y también por éste riñeron; por eso Isaac lo llamó

⁸ M. de COCAGNAC, *Los símbolos bíblicos*, Bilbao 1994,p.83

Sitná, es decir, Rivalidad. Trasladó sus tiendas más allá y volvió a cavar otro pozo, por el cual no hubo riña, y lo llamó Rejobot, es decir, Amplitud, pues se dijo: ‘El Señor nos ha dado amplitud para que prosperemos en esta tierra.’ (Gen 26,20-22)

El ensanchamiento es siempre una obra divina, puesta también en relación con el hecho de dar respiro, soplo o aliento:

‘El soplo de Dios me hizo,
me animó el aliento de Shadday’ (Jb 27,3-5)

‘No has glorificado a Dios
que tiene tu aliento entre sus manos’ (Dn 5,23)

‘En mi angustia grité al Señor,
El me respondió y me dio respiro (Sal 118,5)

‘Tú haces mis pies como de cierva (...)
Mis pasos ensanchas ante mí,
no se tuercen mis tobillos’ (2 S 22,34)

‘Corro por el camino de tus mandamientos
pues tú mi corazón dilatas(...)
Andaré por un camino anchuroso
porque tus ordenanzas voy buscando (...)
Abro mi boca franca y hondo aspiro,
que estoy ansioso de tus mandamientos (Sal 119, 32.45.131)

Lo propio de Dios es esta acción de abrir, sacar, dar respiro, ensanchar, dilatar y su mejor imagen es la del parto:

‘¿Quién oyó jamás cosa igual?
¿Quién vio nada semejante?
¿Nace un país en un solo día?
¿Se da a luz un pueblo una sola vez?
Pues apenas sintió los dolores,
Sión dio a luz a sus hijos.
¿Acaso abriré la matriz y no la dejaré dar a luz?
dice el Señor,
¿Acaso la iba a cerrar
yo que hago nacer?’ (Is 65,7-9)

El Dios que ‘hace nacer’ es Aquel de quien dirá el autor del libro de la Sabiduría:

‘Tú das *tiempo y espacio* al pecador
para que se arrepienta’ (Sab 12,20)

‘No soñemos con un futuro de éxitos y eficacia para la VR. Está naciendo una VC fermento, minoritaria, impregnada de modestia, que acompaña al pueblo en su peregrinar. Lo que la gente espera de nosotras es un lenguaje de *sabiduría*, de alguien que vive habitualmente en Dios, que enseña a mirar y descubrir su faz viviente; a leer e interpretar los acontecimientos desde la profundidad y la sencillez de esta experiencia.

(María Pilar Timoneda, Mensaje Cap. 2000)